

# Prólogo

*Dr. Ernesto H. Lammoglia*

Sin lugar a duda, el divorcio es un acontecimiento en el que están involucrados muchos sentimientos, especialmente de dolor. Las implicaciones de un suceso de esta magnitud impactan no solamente a la pareja, sino a toda la familia.

El divorcio es el fin de una relación que proporcionó a la pareja tantas amarguras como momentos alegres. El divorcio es la muerte de una relación y, como tal, es necesario vivir el luto de este trauma, de esta pérdida. El divorcio se da en tres etapas: muerte de la relación, luto y adaptación. Es importante aclarar que no todas las personas son capaces de superar las tres etapas y se quedan en la muerte de la relación, pero nunca ponen fin al matrimonio y siguen casados durante años, aun cuando la relación de pareja ya haya muerto; otras permanecen en la etapa de luto, en la que ya no pueden volver a construir una vida satisfactoria e incluso quedan ligadas a la ex pareja con enojo, utilizando toda su energía en preocuparse por saber si la otra persona ya construyó su vida nuevamente. Esta actitud hace un lazo invisible que no se rompe con la firma del divorcio.

Por otra parte, en el divorcio, además de la dolorosa pérdida del cónyuge, se presenta la pérdida de algunas relaciones sociales. La pareja probablemente tenía amistades en común, que ahora

tendrán que reestructurarse a la nueva situación de la ex pareja. Incluso muchas de las personas que se han divorciado mencionan que no «encajan» en el círculo de los solteros ni en el de los casados. Aun en la actualidad muchos grupos tienen un trato particularmente cruel hacia las personas divorciadas, en especial hacia las mujeres.

La mayoría de las parejas que se unen en matrimonio tiene el sueño de permanecer juntos toda la vida. Aun cuando los problemas han sobrepasado la capacidad de los cónyuges y la convivencia se ha vuelto imposible, el divorcio es una decisión sumamente difícil de tomar. Incluso muchos matrimonios en los que ya no existe una relación de pareja permanecen casados por miedo al juicio de los demás, por creencias religiosas, por sentimientos de culpa o por «sacrificio» por los hijos sin pensar siquiera en la posibilidad del divorcio; como si la disolución legal del matrimonio fuera el principio de todos los problemas de la familia. Pero no es así, el divorcio es la consecuencia o el resultado de muchas causas: falta de conocimiento sobre uno mismo, carencia de comunicación, problemas económicos, problemas sexuales, enfermedades como el alcoholismo o problemas de violencia intrafamiliar. Esta última, es la principal causa de divorcio. Se entiende como violencia intrafamiliar toda forma de abuso de poder o maltrato ya sea físico, psicológico, económico o sexual. Aquel que ejerce la violencia es el miembro más poderoso de la familia, y la sufren los más débiles. En la mayoría de los casos, aunque existen excepciones, es el hombre quien la ejerce y somete a la mujer y a los hijos.

Existen otras causas que muy pocas veces son observadas en un divorcio. Cuando una pareja se casa por las razones equivocadas es muy probable que el matrimonio no funcione. No única-

mente es necesario conocer a la pareja con la que se va a convivir, también es muy importante conocerse a uno mismo, cómo somos, qué necesitamos, cómo convivimos en pareja, qué expectativas tenemos puestas en la pareja que realmente no le corresponde cumplir. Comúnmente no se reflexiona sobre esto.

Así como el matrimonio puede estar basado en expectativas erróneas, por situaciones personales que aún no se han resuelto, la pérdida de la pareja puede remontar a sentimientos del pasado muy dolorosos de separación, sin ser consciente de ello. Es común que el «yo racional» esté preparado para el divorcio, pero que el «yo emocional» aún no lo esté. Es normal que durante el proceso haya muchos sentimientos desagradables. Es importante la aceptación y canalización de estos sentimientos, por ejemplo, el enojo, que puede expresarse de muchas maneras, pero que si se reprime puede causar, en algunos casos, depresión o enfermedades psicósomáticas.

Pero no todo en el divorcio es malo. Puede ser visto como una fuerza creadora para madurar y como un instrumento para crear una relación con los hijos más profunda. Además hay que recordar que existieron dentro del matrimonio muchos aspectos positivos y que de lo que no funcionó siempre se puede aprender. De esta manera, si el divorcio se vive como un momento de reflexión y de crecimiento es posible encontrar la manera de establecer relaciones más íntimas y satisfactorias con nuestros hijos y con nuestra futura pareja.

El divorcio da la oportunidad de madurar y conocer más sobre nosotros mismos. Es importante reconocer cuáles son las necesidades personales, no las de la ex pareja, las de los hijos, las de la familia ni las de la sociedad. De esta manera se va construyen-

do una identidad propia. Reconocerse como una persona independiente que no necesita de una pareja o de hijos para encontrar su identidad. Una persona que se conoce, que sabe lo que quiere, que es capaz de vivir y resolver su vida sola y no en función de cuidar, atender o proteger a alguien más. Si se aprende de la relación pasada y se conoce a uno mismo en estos aspectos, se perderá el miedo a la intimidad y se estará preparado para establecer una nueva relación de pareja más sana y duradera en el futuro.

## **Padres e hijos ante el divorcio**

De la misma manera que hay parejas que se pasan toda su vida peleando sin llegar a la separación definitiva, el divorcio tampoco es garantía de que los problemas desaparecerán. El matrimonio puede disolverse legalmente, pero los cónyuges aún tendrán que mantener contacto para llegar a algunos acuerdos, sobre todo si existen hijos. En el caso de familias con hijos es muy importante que los cónyuges no agreguen carga dolorosa a este proceso, que por sí solo ya es demasiado difícil para toda la familia. Los padres deben proteger en todo momento la salud física, emocional y psicológica de los hijos y evitar daños que serán irreparables. No se debe presionar a los hijos a estar de parte de alguno de los padres. En el divorcio se rompe un vínculo marital, pero el vínculo familiar que esa pareja ha creado al procrear existirá siempre entre ellos y con los hijos. Ese vínculo es indisoluble y no se rompe ni con la muerte de los miembros de la familia. El divorcio termina con la pareja, pero no con la familia.

Frente a un divorcio toda la dinámica familiar cambia. Es frecuente que aquellos padres con culpa ante la decisión de su divorcio y que piensan equivocadamente que no están dando una «verdadera familia» a su hijo, o que no han hecho el suficiente «sacrificio» para mantener a la familia unida por el bienestar de los niños, suelen utilizar conductas de compensación. Tienden a dar todo lo que los hijos les piden, se vuelven padres consentidores y crean hijos prepotentes; establecen una nueva relación que no es sana para ninguno de ellos.

Por otra parte, hay padres que depositan toda la responsabilidad que corresponde a los adultos en manos de los hijos, haciendo comentarios como «qué bueno que te quedaste conmigo, no podría vivir sin ti». O que tratan de ganar el cariño y el «voto» de los hijos hablando mal de la ex pareja, colocando a los hijos en una situación muy compleja en la que tienen que decidir a quién le son fieles y a cuál de los padres traicionan. Sí es importante que los niños, según su edad y nivel de desarrollo, conozcan la verdadera situación del divorcio sin que se le oculte, pero evitando responsabilizarlos, ni del divorcio, ni de decidir por uno o de cuidar a alguno de los padres. Los detalles de la situación marital pertenecen a la pareja únicamente, los niños no tienen por qué conocerlos. Los niños son mucho más aptos que los adultos para reconocer la verdad emotiva de una situación, pese a las racionalizaciones con que la ex pareja haya cubierto la convivencia.

Es importante estar pendiente de las actitudes y cambios de comportamiento de los hijos, facilitar que expresen sus sentimientos y explicarles que aunque éstos sean contradictorios es natural y normal, y que no tienen que temer a expresarlos. Hay que recordar que no porque un niño no hable del divorcio y no

dé muestras de enojo o tristeza quiere decir que se sienta bien. Hay que poner especial atención ante estos casos y abrir un canal de comunicación con ellos.

Así como el divorcio es una oportunidad para conocerse a uno mismo y aprender a establecer mejores relaciones de pareja, también es una oportunidad para mejorar las relaciones con los hijos. Es preciso recordar que con el divorcio los integrantes de la pareja dejan de ser cónyuges, no padres. Es posible tener un cambio positivo de actitud ante la paternidad y maternidad donde los padres y los hijos se redescubran. Podrán experimentar nuevas formas, momentos y espacios para comunicarse y para compartir. Los padres que cuidan de sí mismos son los más indicados para cuidar a los hijos, ya que han formado una identidad propia separada de sus hijos, lo que les permite estar capacitados para no manipularlos, ni manipular al ex cónyuge por medio de ellos.

El divorcio puede ser una oportunidad para aprender sobre uno mismo y sus necesidades y así establecer nuevamente una relación de pareja más equilibrada donde exista conciencia de igualdad. Además, es un instrumento para mejorar la relación con los hijos, pero ¿cómo lograrlo? ¿Cómo lograr que en un proceso tan doloroso podamos mejorar, aprender y crecer? ¿Cómo mejorar la relación con los hijos y estar más unidos a ellos cuando los padres se están separando? Este libro nos enseña que reconociendo, agradeciendo y dejando ir con amor podemos lograr un divorcio sano.

Maya y Alberto logran condensar en este excelente y objetivo tratado sobre el divorcio la conciliación entre lo conceptual y lo pragmático, la clínica y la experiencia terapéutica de la mano de la teoría y la funcionalidad. Cómodo, ameno, ligero pero sólido

como pocos, este libro nos enseña a aceptar el divorcio como la «solución» para los casos «sin solución», y a sabernos desprender de la pareja, del conflicto y hasta del duelo, reconociendo al otro todo lo bueno que nos dio, ilustrándonos para hacernos cargo de nuestra responsabilidad a partir de este doloroso pero necesario evento.

Con relación a los hijos, es tan claro que no dudo en afirmar que es terapéutico desde su primera lectura y que aligera o atenúa el enorme sentimiento de culpa que la ignorancia, la desinformación y la inexperiencia en esa lid, pueden causar en los que empiezan el camino de esta a veces necesaria solución.





# Agradecimientos

Agradecemos en primer término a nuestros padres, de quien recibimos y continuamos recibiendo. Lo tomamos con amor.

A nuestros hijos, que con paciencia respetaban y esperaban día a día a que termináramos de plasmar nuestras ideas, para poder después jugar con ellos.

A nuestros hermanos y amigos. Especialmente a Rosa Elena, quien conoce el verdadero significado de la amistad. Gracias.

A todas las personas que nos confiaron sus experiencias. Sin ustedes no tendríamos la inspiración para escribir.

Al Dr. Ernesto Lammoglia y a Aurora González, por su invaluable apoyo, pero sobre todo por su amistad.

A todos nuestros maestros de la Facultad de Psicología, de Programación Neurolingüística, de Enfoque Ericksoniano, de Terapia Familiar y Constelaciones Familiares. Ingala, gracias.

A Rosy, por ser partícipe de un proceso de divorcio sano.

Y a todos los que hicieron posible la publicación de este texto. Gracias.



# Antecedentes

*Existe un sinnúmero de situaciones que pueden marcar la vida de las personas, pero éstas no necesariamente determinan sus destinos.*

MAYA SIGALA

Mucha gente que «conoce» nuestra relación nos pregunta qué nos motivó a escribir sobre este tema. En principio nuestra propia relación como pareja. Por supuesto que como todo anhelado principio estaban presentes el amor, la felicidad, el deseo, el ánimo, los sueños compartidos y mucho más. Sin embargo, la convivencia diaria y sobre todo la falta de conciencia acerca del contexto y de los elementos que pueden lograr que una relación se desarrolle prósperamente, consiguieron muy a pesar de nuestro gran amor que la energía fuera decayendo. En contraste, detalles impensados de nuestra personalidad se fueron manifestando y nuestra tan idealizada y sublimada relación tomó tintes de realidad. Inesperadamente nos descubríamos discutiendo por cualquier cosa y aunque de alguna u otra manera lo resolvíamos o pretendíamos que lo hacíamos, no era así, podríamos decir más bien que lo posponíamos, hasta que llegó el día en que ya no pudimos más y la opción de separarnos nos asaltó. Y, como tal posibilidad nos llenó de pánico consentimos en postergarlo una

vez más. Sin embargo, en el fondo los dos sabíamos que de seguir así el final estaba cerca. Lo triste era que aun amándonos y considerándonos inteligentes y capaces, no lográbamos descifrar la fórmula que nos ayudara a conciliar y seguir compartiendo nuestra vida juntos.

Este libro, entonces, formaba parte de otro de nuestros sueños compartidos, e incluso durante nuestras múltiples discusiones los dos pensábamos que, al final, éste iba a ser un libro biográfico de nuestra relación. Felizmente no fue así. Tuvimos la humildad y la sensatez suficiente para buscar toda la ayuda posible y rescatarnos a nosotros mismos y nuestra relación.

A partir de esa búsqueda nos encontramos con la teoría de las Lealtades Invisibles de Nagy y Bowen, y su práctica en las Constelaciones Familiares de Hellinger, con el enfoque terapéutico no convencional y los patrones de comunicación descubiertos y desarrollados por el doctor Milton H. Erickson, y así logramos dar con nuestro buen lugar, primero como individuos y, después, como integrantes de una pareja.

Sin embargo, la posibilidad del divorcio existe y ésta, más que desalentarnos o preocuparnos, nos motiva a seguir construyendo nuevas y mejores formas de consolidar nuestra relación y a «divorciarnos» de comportamientos que impiden que nuestra relación como pareja prospere.

# Introducción

Si reflexionamos un poco acerca de cómo nos hemos relacionado en pareja, descubriremos que los roles que desempeñamos tanto hombres como mujeres (aun en la época actual) son prácticamente los mismos que se originaron en nuestra conducta más primitiva, que marginó nuestros comportamientos estrictamente a cuestiones «representativas» de género, funcionales tal vez en algún momento, pero obsoletas casi por completo en la actualidad.

En los últimos cincuenta años la relación entre el hombre y la mujer ha evolucionado más que en toda la historia de la humanidad. Los roles arcaicos y estereotipados del matrimonio patriarcal hoy en día se desmoronan precipitadamente. La participación activa de la mujer en múltiples tareas más allá del hogar y el cuidado de los hijos va en aumento, al igual que la necesidad de desarrollar nuevas y mejores formas de convivencia que permitan a la pareja una mejor funcionalidad.

Esta necesidad de desarrollar nuevas y mejores formas de relación entre hombres y mujeres ha traído consigo una serie de cambios trascendentales, no sólo a la pareja, sino más allá de ésta, a la familia y a la sociedad en general. Uno de estos grandes cambios es el creciente número de parejas separadas, divorciadas o en proceso de separación.

Las cifras de divorcio han rebasado toda proporción. Un alto porcentaje de parejas que contrajeron matrimonio a partir de la

década de 1980 ha optado por la separación o el divorcio, y dicho fenómeno va en aumento.

El desarrollo de nuevas formas de convivencia ha causado conmoción en la pareja y ha puesto al descubierto la muy endeble y caduca forma de relacionarnos.

En la actualidad, los jóvenes descubren en su mayoría que carecen de buenos modelos primarios de relación de pareja (padres, abuelos) y aun cuando los antecedentes matrimoniales de generaciones anteriores hayan sido duraderos, hoy se revela que esto no necesariamente se debió o se debe a que hayan sido matrimonios felices (entendida la felicidad como una relación de amor, respeto, confianza, equidad, etcétera), sino que en la mayoría de los casos, los integrantes de la pareja se «aguantaban», se «toleraban» o se «sacrificaban», a pesar de lo conflictivo de su relación.

Tomando en cuenta lo anterior, tal vez no sorprenda el incremento en el número de parejas que deciden divorciarse hoy día. Y tampoco que la siguiente consecuencia de esta carencia de buenos modelos de respeto, confianza, comunicación positiva y otros, propios de una relación de pareja constructiva, sea la de generaciones de jóvenes «voluntariamente» solteros, en unión libre o, como sucede ahora en países del primer mundo, la nueva modalidad de la relación de pareja, «viviendo separados, juntos» (*living apart together*), es decir, se mantiene una relación amorosa, pero cada uno vive en su propia casa. Todo esto, hasta que no construyamos mejores formas de coexistencia que permitan equilibrar la relación entre el hombre y la mujer.

Lo esperanzador es que, a pesar de todo, hombres y mujeres seguimos buscando fomentar y consolidar nuestro desarrollo individual dentro de una relación amorosa constructiva.

Por lo anterior y porque somos como lo mencionamos antes, una pareja como muchas, que ha estado a punto de separarse, abordamos con respeto el tema, pero sobre todo con la conciencia de que el estado óptimo del ser humano adulto se logra compartiendo su vida en pareja.

El tema del divorcio es sin duda controversial e ideal para que se hagan escuchar todo tipo de opiniones, algunas a favor y otras en contra. Sin embargo, consideramos de suma importancia —e invitamos al lector a que así lo entienda— no caer en la tentación de juzgar con la nefasta simpleza del bueno y/o malo, un fenómeno social de tanta trascendencia que está revolucionando la forma de relacionarnos en pareja.

La palabra «divorcio» es sólo un término que se define principalmente como «la disolución legal del vínculo matrimonial». Pero para efectos de este texto, deseamos que sea mucho más que eso, y tenemos la certeza de que así será, puesto que la palabra «divorcio» representará para cada lector distintas situaciones, sentimientos y emociones de experiencias vividas.

Todos los matrimonios tienen en principio el deseo de permanecer unidos. (Con excepción de aquellos que son forzados a casarse, como sucedía y sucede aún en una gran cantidad de culturas.) Sin embargo, la convivencia diaria encierra circunstancias muchas veces imprevisibles, que pueden no sólo lograr que ese deseo de permanencia disminuya a veces hasta desaparecer, sino que incluso, en algunos casos, llegan a afectar gravemente la estabilidad emocional y mental de los integrantes de la pareja y de los hijos de ésta, si los hay. Es en estos casos cuando la separación y/o el divorcio llegan a convertirse en una alternativa viable que puede prevenir un daño mayor.

Muchas personas consideran el divorcio como el final del vínculo familiar, y esto no es así. Lo que concluye con el divorcio es la unión matrimonial, pero el vínculo familiar es indisoluble.

De un modo u otro, el alto índice de parejas divorciadas o en proceso de hacerlo nos afecta a todos, ya sea porque nosotros mismos lo estemos considerando, o enfrentando, o porque algún familiar, amigo o amiga lo esté haciendo. Cualquiera que sea el caso, reflexionar sobre el tema nos ayudará a vislumbrar una perspectiva más completa y, sobre todo, nos motivará a desarrollar una nueva conciencia de respeto y conciliación, muy necesaria en estos casos.

Las razones por las cuales las personas deciden separarse o divorciarse pueden ser muchas y muy diversas, y para analizarlas todas necesitaríamos no un libro, sino decenas de ellos. Preferimos partir de la premisa de que los sentimientos son completamente personales, respetables e incuestionables.

De ahí que el principal propósito de este texto sea ofrecer un enfoque alternativo acerca del tema del divorcio, con la intención de motivar la reflexión y la búsqueda de opciones que permitan comprender y trascender (si es el caso) esta experiencia de vida, de la forma más sana y benéfica para los implicados. Sin olvidar que el divorcio, para muchas personas, es sólo parte del intento por concluir una serie de situaciones no resueltas y conflictivas presentes a lo largo de toda la relación.

*Divorcio sano.* Esta propuesta puede considerarse pretenciosa, sobre todo porque la pareja que llega hasta las instancias del divorcio seguramente no logró establecer en el momento oportuno una relación sana. Sin embargo, este trance, por difícil que resulte, es también una oportunidad para que cada persona involucrada



se conozca más a sí misma y aprenda a controlar y/o a evitar conductas que no le permitieron consolidarse como un individuo capaz de integrarse a una vida en pareja, aunque lo haya hecho por años. Porque a través de la convivencia con otro, que es diferente, el ser humano puede lograr nuevos niveles de conciencia personal.

Conforme avancemos en la lectura nos encontraremos con algunas de las implicaciones, o tal vez sería mejor llamarlas complicaciones, más importantes y difíciles de superar con las que se enfrenta una pareja que llega hasta el divorcio. Culpa, miedo, tristeza, inseguridad, dolor, ira, resentimientos, reproches y un sinnúmero de emociones más, que no son fruto del divorcio como tal, sino que en la mayoría de los casos tuvieron su origen mucho tiempo antes. En ocasiones, prácticamente desde el comienzo de la relación (aunque no hayan sido percibidas de forma consciente), han acompañado a la pareja y a los hijos a lo largo de todo el trayecto que recorrieron para llegar hasta la separación o el divorcio.

También, debido a estas implicaciones/complicaciones no superadas, la mayoría de las parejas en proceso de divorcio siguen atrapadas en los conflictos durante y aun después de la separación, sin lograr llegar a acuerdos sanos y de respeto, prolongando así el sufrimiento de todos los implicados. Incluso en muchos casos los involucrados (especialmente los hijos de la pareja separada o divorciada) llegan a expresar lo siguiente: «De qué sirvió que se divorcieran si los pleitos aún continúan». Porque, como alguien dejó escrito: «Al final siempre hay paz, si no hay paz entonces todavía no es el final».

Es importante señalar que existen algunas parejas (las menos) que logran divorciarse de forma más o menos concertada y respetuosa. Sin embargo, aun en estos casos, los implicados no es-

tán exentos de experimentar con intensidad algunas de las emociones antes mencionadas, sobre todo cuando hay hijos de por medio.

Por ahora, sólo cabe esperar una disminución significativa en el número de parejas que optan por el divorcio si logramos una profunda transformación cultural y tomamos conciencia de lo trascendental de las relaciones entre hombres y mujeres.

Queremos hacer patente que no estamos a favor ni en contra del divorcio, sino a favor del amor, el respeto y la sana comunicación entre las personas, estén o no atravesando por este difícil momento.

Nuestra intención es analizar el tema objetivamente, aportando un enfoque fundamentado sobre todo en la terapia familiar, en las Lealtades Invisible, en las Constelaciones Familiares y en los Patrones de Comunicación (Milton H. Erickson) que despierte la reflexión y, por qué no, hasta el debate en cada uno de los lectores, confiando en que son sobradamente capaces y responsables para generar su propia opinión, y buscar y encontrar su propia solución, sea ésta la separación, el divorcio o bien la consolidación de la relación.

# 1

---

## El matrimonio

*El matrimonio, como la vida, es algo terriblemente difícil,  
que hay que volver a empezar desde el principio  
todos los días y todos los días de nuestra vida.  
El esfuerzo es constante y agotador, pero vale la pena.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

*Llegado el momento de la elección de pareja, más importante  
que conocer bien al otro, es conocerse bien uno mismo.*

ALBERTO ROMERO

*El matrimonio es la principal causa de divorcio.*

GROUCHO MARX

En principio, el vínculo matrimonial surge precisamente como una forma de establecer un orden a la necesidad natural del ser humano de vivir en pareja. Este lazo fue creado básicamente como un contrato mediante el cual se buscó la unión de dos familias y

una forma de establecer ciertos lineamientos de conducta entre los contrayentes que permitieran, fundamentalmente, la procreación, pero también la conservación del patrimonio, por tanto los contrayentes no estaban comprometidos a relacionarse emocionalmente. En su origen, el matrimonio no suponía un compromiso amoroso entre los consortes, aunque en muchas ocasiones se llegaba a dar.

La celebración y el ritual del matrimonio tienen su razón de ser en la necesidad de generar mayor compromiso entre los contrayentes, ya que al participar un mayor número de personas, entre las cuales se encuentran sin duda familiares y amigos, la pareja se siente muchas veces obligada a permanecer unida pese a lo conflictivo de su relación, sólo por la presión que sobre ellos ejerce la sociedad. Por fortuna, esto es cada vez menos frecuente.

Para comprender mejor el fenómeno del divorcio es necesario profundizar en las razones que llevan a una pareja a unirse en matrimonio, pues en algunas de ellas puede hallarse el origen de una relación destinada a enfrentar serias dificultades y, en la mayoría de los casos, a terminar en una separación o en divorcio.

A veces resulta asombroso cuánto cambia una relación con el matrimonio. Algunos expertos en el tema opinan que después de casarse disminuye el miedo a perder al otro y que esa seguridad permite que aparezcan detalles antes ocultos de la personalidad.

## **Se casaron y fueron felices**

Esta famosa frase, extraída del final de la mayoría de los cuentos de hadas, novelas e historias de amor, forma parte importante del

concepto que la mayoría de los seres humanos tenemos acerca del matrimonio o, para ser más precisos, de la relación de pareja. Gracias a ella aprendemos a visualizar el matrimonio como la consumación de la relación y no como lo que en realidad es: el inicio de la verdadera unión. Por sorprendente que parezca, son pocas las personas que se ocupan de los pormenores que van más allá del día de su boda y de su luna de miel.

Siguiendo con esta enseñanza de los cuentos de hadas, muchos jóvenes viven con la esperanza de encontrar a su príncipe azul o a su princesa encantada. Y, motivados por esta idea fantástica, se aventuran y precipitan a la relación, se idealizan el uno al otro, ocultando por completo sus pequeñas idiosincrasias, tal y como sucede en los cuentos de hadas. En ellos nunca se menciona si a Cenicienta le hedían los pies, porque de haber sido así seguramente el príncipe lo hubiera pensado un poco antes de correr a buscarla cuando ella perdió su zapatilla. Tampoco se dice si el príncipe era un ebrio o un misógino, porque de haber sido así es poco probable que Cenicienta hubiese sido feliz como se presume al final del cuento.

Sin embargo, propongámonos ser optimistas y tomar lo positivo. Para muchos de nosotros, como tal vez lo pudo ser para los propios creadores de los cuentos, esa opción fantástica de amor perfecto se convirtió en una realidad alternativa, en un anhelo que muy probablemente nos ayudó y ayuda aún a muchos a mantener viva la ilusión en las relaciones de pareja.

Más allá de los cuentos de hadas, la realidad de la vida en pareja implica una infinidad de cuestiones. Algunas de las cuales, las menos, es posible preverlas durante el noviazgo, pero la gran mayoría de ellas sólo es posible descubrirlas con la convivencia dia-

ria, y aunque el amor es un buen principio, éste no llega a ser suficiente.

La distorsionada forma como las jóvenes parejas perciben la relación amorosa se pone de manifiesto en frases románticas como «Tú y yo somos uno mismo» o «Somos almas gemelas» y otras más, que son tomadas de forma literal y llegan a confundir seriamente a la joven pareja en cuanto al valor de la individualidad y la importancia de ésta para el desarrollo de la relación. O con frases nada románticas, inadmisibles e injustas para una relación, como «No puedo vivir sin ti», «Sin tu amor me muero», «La vida no es vida sin ti», «Yo te amo más» y otras similares que connotan fundamentalmente inequidad y dependencia.

Otra idea irrealizable que tienen muchas jóvenes parejas acerca de la relación y los sentimientos, sobre la que es importante reflexionar, es la del amor incondicional. Éste posee una particularidad, no es posible entre personas que se mueven en un mismo orden, es decir, es posible entre padres e hijos, pero no entre los integrantes de una pareja.

## **Sinrazones para contraer matrimonio**

Existen muchas razones por las cuales una pareja de novios decide contraer matrimonio. En el mejor de los casos lo hacen por amor, pero en muchos otros lo hacen por motivos que muy poco o nada tienen que ver con este sentimiento. A continuación mencionamos las más comunes.